

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes, Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

DÉCIMO DOMINGO durante el año.

5 de junio de 2005.

Mateo 9, 9-13.

1.- Una sociedad inmisericorde. Al comienzo de la Cuaresma de este año llegué a la conclusión de que nuestra sociedad es "inmisericorde". Situación que perdura en las expresiones que la caracterizan. No obstante, se producen reacciones esperanzadoras de compasión ante el sufrimiento causado por el infortunio y por la injusticia nunca o tardíamente resuelta. Jesús llama al publicano Mateo a su inmediato seguimiento. Come con quienes viven al margen de la observancia religiosa formal de su pueblo. Justifica insólitamente su actitud, distanciándose del rancio fariseísmo de los principales de su comunidad: *"No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Vayan y aprendan qué significa: Yo quiero misericordia y no sacrificios. Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a*

[1]

*los pecadores"*. Dios envía a su Hijo a un mundo que ama. El pecado, o la antítesis del orden original, no logra destruir la belleza del hombre creado por Dios. Jesús es la insistencia divina por recuperar al hombre. Es tan importante la finalidad del recupero del hombre que el "Mesías de Dios", de parte de su Padre, echa por tierra los más "venerables" prejuicios. La misericordia, ofrecida y otorgada, es capaz de anular la eficacia legal del sacrificio. Jesús se arriesga a ser considerado "pecador" y tratado como tal. No lo intimida la impureza legal que pudiera contraer. El Dios que viene a revelar es un Padre misericordioso. Porque el hombre es un enfermo que puede recuperar su salud aparta de sí la repugnancia de introducir sus manos purísimas en las heridas infectas sufridas - a causa del pecado - por la naturaleza humana. Su santidad no sufre desmedro, al contrario, irradia la salud y la Vida que los hombres necesitan.

2.- No hay situaciones desesperadas. De allí el empeño de la Iglesia por hacerlo conocer. Por el conocimiento se llega al amor. Por el amor se produce una identificación regeneradora con Él. Producido ese encuentro se inicia una historia de santidad que no se detiene. Acabamos de celebrar el "Corpus" y paseamos el Santísimo Sacramento por las calles de nuestros pueblos y ciudades. ¿Nuestro propósito? Que se produzca un encuentro con Jesucristo. Que todos, incluso los más indiferentes, tengan la oportunidad de entablar con Él una relación trascendente y renovadora. La fe en su presencia sacramental alienta nuestra confianza en el poder de su gracia. El encuentro es contacto, verdadera relación personal con Él, causa de cambio y de santificación. Nuestro esfuerzo consiste en un acto responsable de libertad que se denomina: "consentimiento". La conversión, a la que llama Jesús en los comienzos de su predicación, es una decisión que empeña a la persona. La obra de renovación es cumplida por el Espíritu enviado por el mismo Señor. Existe una desproporción abismal entre el mérito de la decisión humana y la obra sorprendente de Dios. Nadie se hace santo a sí mismo. Sencillamente deja hacer a Dios poniendo de su parte el gesto más ennoblecedor, el de la libertad. Para ello es preciso creer con firmeza y humildad. En la perspectiva cristiana de la renovación de los hombres no existen "imposibles". Ningún enfermo, por más mortal que sea su enfermedad, morirá si se deja curar por el Médico divino. En otras oportunidades hemos recordado que no hay situaciones desesperadas que puedan impedir la transformación de los peores. Las condiciones actuales inspiran cierta desesperación. Parece que el mundo no tiene remedio, y lo tiene. Está desafiando los sentidos, reclamando que los hombres cedan a su propuesta, que no sea desechado sin haber probado su medicina.

3.- Obstáculos a la evangelización. ¿Cómo atraer la atención de los hombres a la persona de Jesús? Es necesario presentarlo accesible al conocimiento y a la sensibilidad de quienes componen la sociedad contemporánea. La única forma de lograrlo es mediante la presencia de los auténticos testigos: los santos. Es urgente que Cristo sea presentado públicamente. Los hombres y mujeres de esta época

deben tener la oportunidad de iniciar un trato de auténtica amistad con Él. No podemos disimular los graves obstáculos a la evangelización que las actuales culturas presentan. Los hallamos en las comunidades más reducidas, como un clima tóxico que contamina a todos, sin exceptuarlos por razón de su nivel cultural o económico. La tarea de purificación del mencionado clima responsabiliza por igual a las diversas dirigencias. Pienso en los dirigentes religiosos, asistidos por una doctrina que inspira y corrige comportamientos; también en los docentes, en los protagonistas principales de la política, de la economía, de la ciencia, de la justicia y de la seguridad. El creyente cristiano, agente en cualquiera de esos rubros, asume una responsabilidad evangelizadora que no tiene parangón. Es urgente que cobre conciencia creciente de esa responsabilidad. Para ello necesita ilustrar su mente y enardecer su corazón con la Palabra y los Sacramentos. La frialdad que se comprueba en una sociedad con un porcentaje tan alto de bautizados indica que se desconoce la Palabra y se ha perdido contacto con los Sacramentos. Sin desesperar y sin agredir irresponsablemente a los bautizados “no practicantes” es preciso mantener el rumbo evangelizador con constancia y serena paciencia. Sería inútil y perjudicial que el médico se peleara con el enfermo porque ha perdido la salud. La pastoral de la Iglesia debe recuperar el trato misericordioso que necesitan los destinatarios de su acción. Ello no exime de formular claros diagnósticos y proponer remedios adecuados.

4.- Verdad y libertad. El Papa Benedicto XVI dispensa un trato gentil, humilde y considerado. Así se ha presentado ante el mundo contrariando las calificaciones antojadizas de sus viejos detractores. El método evangélico de la fidelidad a la Verdad no es la rigidez, no la necesita. La Verdad que proviene de Dios es liberadora: “*La Verdad los hará libres*”. Rechaza el relativismo que muchos emplean en sus intentos por formularla. La solidez del Evangelio procede de la Verdad que encarna: Jesucristo. La Iglesia – y su Magisterio – está asistida por el Espíritu de Pentecostés para no traicionar o deformar el contenido de la Verdad que ha recibido. La intención de su divino Fundador es que el mundo reciba la Verdad y se conforme a ella. Para un mundo que entiende la libertad como emancipación de Dios es casi incomprensible esta convicción de fe. Se requiere el toque interior de la gracia del Espíritu Santo. A partir del mismo, preparado y ejecutado misteriosamente, se inicia un cambio en la persona. El espectáculo histórico de esas a veces sorprendentes transformaciones gozan de poca publicidad. Es apasionante la comprobación de cambios humanamente impredecibles. Una filósofa atea – Edith Stein - se transforma en una gran mística carmelita y mártir, hoy canonizada con el nombre de Santa Teresa Benedicta de la Cruz. Un joven aventurero, afectado por el agnosticismo de fines del siglo XIX, se convierte en un místico, ermitaño, sacerdote y misionero en el desierto del Sahara: el Padre Charles de Foucauld, próximo a ser beatificado. Sería muy extensa la lista de hombres y mujeres en situaciones similares. ¡Qué bien produciría su presentación en los medios de comunicación! Se dan algunas saludables aproximaciones pero se frenan y son desestimadas ante la avalancha impresionante causada por la frivolidad, el mal gusto y la mediocridad. Para recuperar la salud la sociedad necesita la presentación pública - al alcance de todos - de esos admirables ejemplos de transformación.

5.- Nada está perdido. La salud que necesitamos es posible. Cristo la hace posible. No existen enfermedades morales terminales para su acción eficaz. Instintivamente la gente se vuelve a Dios cuando la prueba y el peligro exceden toda posibilidad humana. Dejan en manos del buen Dios los casos desesperantes y sacan migajas de fe del interior de sus vidas trajinadas para relacionarse con Él. Nuestra sociedad necesita recuperar el conocimiento y la conciencia de que la gracia de Cristo está a la mano de toda persona de buena voluntad. El diagnóstico es oscuro pero, no obstante, nada está perdido. La incapacidad para un diálogo honesto y cordial puede ser vencida por el Don del Padre Dios a los hombres: “*Dios amó tanto al mundo que le dio a su Hijo Unigénito*”. La presencia definitiva de Cristo como don del Padre es la respuesta a tanto conflicto. ¿Por qué desecharla apriorísticamente? Es imposible que la Iglesia, en sus Pastores y laicos comprometidos, baje el volumen de su prédica. No escapa al ojo

avizor de cualquier estudioso que una ensordecedora campaña intenta, vanamente, acallarla. En veinte siglos ha debido enfrentar la intriga y el odio de sucesivos y ocasionales enemigos. No aflojará ahora. La presentación de la Verdad evangélica es un gravísimo deber de la Iglesia, aún en medio de las más crueles persecuciones. Es una Iglesia que cree en la presencia viva de Jesucristo y en la acción fiel de su Espíritu. Su misión, en los asuntos temporales, es exigencia ineludible de la fe que profesa.

---

[\[1\]](#)

Mateo 9, 12-13.

---

[Volver](#)